XIV

HABLEMOS DE AMOR

Bathilde le impuso silencio con un ademán gracioso, y llevándose la mano á la frente, como para recordar, replicó :

— Tenga un poco de paciencia ; todavía debo enterarle de algunas cosas antes.

Le he dicho que yo misma acabé por creer que Dios le había llamado á sí. Ahora bien, hace poco supe, por fuente indirecta, pero segura, que estaba usted vivo y muy vivo.

Supe igualmente lo que le había ocurrido en otros tiempos : es decir, que había usted aportado en las costas de Normandía una noche de tempestad ; que su compañero de naufragio no era sino el marido del matrimonio inglés que le sacó de Francia ; y que, finalmente, después de haber sido recogido por unos pescadores con los cuales permaneció usted hasta la edad de quince

años, abandonó aquella región para venir á París, donde sentó plaza en un regimiento de guardias franceses.

¿Es esto exacto ?

— Absolutamente.

Como se ve, Bathilde continuaba aprovechando hábilmente de lo que acerca de Felipe le había dicho Peyrolles.

— ¿De modo — preguntó el joven — que el desgraciado que estaba conmigo en la lancha cuando ésta se estrelló contra las costas de Saint-Valery de Caux, era el hombre en cuyas manos me había usted puesto ?

— El mismo.

— Entonces es realmente deplorable que haya sucumbido sin poder hablar ; de lo contrario se hubiera sabido en seguida quién era yo ; y tanto más, cuanto que fué imposible encontrar los documentos que él decía poseer, y que según parece, podían dar á conocer mi identidad.

— Sí, fué una gran desgracia para usted — dijo con esfuerzo Bathilde.

Luego, añadió para sí misma :

— Al contrario, fué una gran fortuna... sin lo cual todo se hubiera perdido.

Y tampoco esta vez, ya por olvido, ya de intento, hizo Felipe alusión al papel que había descubierto entre las tablas de la barca, aquella mañana en que estaba remendando redes.

— ¿Y por qué me traía á Francia por propia iniciativa, aquel hombre ? — preguntó el oficial.

— Nunca se ha sabido; él solo hubiera podido decirlo, y como murió, es de presumir que se ignore siempre.

Pero eso sólo tenía para mí una importancia secundaria.

Lo principal era que usted viviese.

En cuanto reconocí que tal vez algún día pudiera volver á verle, á usted, el niño que yo había salvado, decidí hacer todo lo posible para tener esa dicha.

Porque lo es... y muy profunda, se lo aseguro.

Á lo menos, pensaba yo, si, pobre huérfana, sola como estoy en el mundo, nadie me ha tenido verdadero cariño, él no podrá negarse á quererme un poco... no será tan ingrato.

— Y tiene usted razón al pensar así; se lo repito, tengo para usted el más vivo agradecimiento, y no pasará día sin que recuerde lo que por mí ha hecho.

Bathilde lanzó un suspiro.

— Gracias por lo que usted me dice. ¡Si supiera cuánto bien me hace!

Encargué á alguien que hiciera indagaciones acerca de usted, y tuve la alegría de saber que era sargento de una compañía de guardias franceses que formaba parte de las tropas acampadas en Ostende.

En mi impaciencia por verle, iba á ir á buscarle allí, cuando corrió por París la noticia de que el ejército de Flandes regresaba á Francia.

Entonces creí que era preferible aguardar su vuelta, para poder ponerme más fácilmente en relación con usted.

Tuve una buena inspiración, porque casi al mismo

tiempo, me enteré de la fiesta de gala que querían dar los gentileshombres de la corte á todos los oficiales que entraron en campaña, y de su ascenso al grado de teniente, grado que le permitía asistir á dicha fiesta.

De ese modo, me era fácil hablarle... y ya ve usted cómo he aprovechado la ocasión.

Esta mezcla de verdades y mentiras fué tan mañosamente expuesta por Bathilde, que el joven no tenía el menor motivo para dejar de creerla de buena fe.

No obstante, había muchas inverosimilitudes en el relato; pero para notarlas, hubiera hecho falta que Felipe estuviese en una disposición de ánimo más lúcida de la que tenía.

— ¡Cómo decirle la inmensa alegría que me ha producido el verle después de tantos años! — continuó la joven — ¡Cuán feliz era al oír ponderar su valor y lealtad!

— Lo comprendo, — dijo Felipe sonriendo — y hasta puede usted atribuirse gran parte; pues, de no haber sido por usted...

— ¿Verdad que tenía yo algún derecho?... ¡Oh! sí... estaba orgullosa de mi obra... y cuando retumbaban en mís oídos los elogios que de usted hacían, yo pensaba: cuando sepa lo que he hecho por él, estará muy obligado á concederme su amistad... y hasta su ternura...

Bathilde pronunció estas últimas palabras con voz algo alterada y clavando en el joven unos ojos que parecían implorar.

Pero Felipe no pareció notar ni la emoción ni la muda súplica.

Cosa rara, hasta parecía ligeramente distraído, pues no era de ternura de lo que pensaba hablar al penetrar de noche en aquella morada, y la conversación tomaba tan singular cariz como el aspecto de la dama, cuya mirada empezaba á molestarle.

— Una vez más, señora — le dijo — le repito que nunca le agradeceré bastante lo que le debo, y mi mayor deseo es que pueda pagar algún día tan inmensa deuda. Desgraciadamente, temo que nunca esté en mis manos el poderlo hacer.

— Tal vez — repuso Bathilde, cuyas mejillas estaban muy coloradas, y que ahora, á punto de declarar su pasión, tropezaba con su timidez de mujer soltera.

— ¿Tal vez? — exclamó ingenuamente Felipe.

— Sí... y en ese caso, yo sería quien me considerara como debiéndole mucho más de lo que usted me debe.

— ¡Ah! señora, sírvase decirme cuanto antes lo que he de hacer para conseguirlo... y le juro que estoy dispuesto á...

— ¿Lo jura usted? — preguntó Bathilde interrumpiéndole y mirándole de un modo raro.

— ¡Lo juro! — repitió Felipe — á menos que esté por encima de las fuerzas humanas.

— ¡Oh! no... ¡nada de eso!...

— Hable, pues, señora; tengo prisa por demostrarle que cumpliré mi juramento.

— ¡Pues bien! el único medio de pagarme, centuplicado, sería... tener para mí... ¡Oh! harto sé que eso

no puede ser en seguida... no... sería demasiado exigir de una vez... pero... poco á poco... con el tiempo... á medida que vaya usted conociéndome...

El teniente dirigía á Bathilde miradas en que se revelaba la profunda estupefacción que experimentaba al escuchar aquella especie de divagación; no comprendía nada de aquellas reticencias y trataba de adivinar adonde iría ella á parar.

¿Qué iba, pues, á pedirle, para que fuera tan difícil expresarlo?

— Señora — le dijo, — tenga la bondad de confesarme francamente y sin ambages lo que de mí espera usted. Le aseguro de nuevo que si está en mi poder cumplirlo, me pongo por completo, ahora mismo, á su disposición.

— Es que — replicó Bathilde, dando á su voz una inflexión sumamente tierna — no es para mí muy fácil explicarle... lo que yo quisiera... Hay cosas que una mujer no puede declarar más que á medias... y la de que se trata es de... esa naturaleza...

El asombro de Felipe aumentaba.

¿Qué diablos podían significar aquellas enigmáticas palabras?

— La verdad, señora — replicó, — debo de ser algo torpe, porque me veo obligado á confesar que no entiendo de qué se trata.

Y, efectivamente, estaba muy lejos de suponerlo aunque, sin embargo, no fuese tonto en semejante materia.

Lo más que llegaba á pensar es que Bathilde querría

encargarle alguna misión delicada ; pero en la cual no creía estar interesado.

La joven se figuraba haberse explicado con bastante claridad y no esperaba tal candidez que la obligaría á entrar en confidencias azarantes.

— Vamos — continuó — voy á tratar de ser un poco más explícita... si puedo.

— Me alegraré mucho.

— Ya le he dicho, que hasta hoy me ha faltado siempre un cariño sincero, aunque tengo alma buena y amante. Pero, á causa de los azares de la vida, nunca he encontrado un hombre por el cual sintiera esos impulsos del corazón que son una de sus más íntimas satisfacciones.

No, nunca... puedo asegurarlo — añadió con energía, pensando en la pasión que había alimentado por Zeno y que ahora le parecía muy vil al lado de la que le inspiraba Felipe.

Y habiendo pasado ya la edad de la primera juventud, creí estar privada, para el resto de mis días, de esa felicidad, cuando... al verle hace un rato... en el baile del Louvre... me he sentido de pronto... invadida por un sentimiento que yo no conocía aún... y que en un instante, se ha apoderado tan completamente de todo mi ser... que quedé como deslumbrada... en una palabra...

— Ahora comprendo, señora; no vale la pena de que acabe — imterrumpió el joven, que hubiera tenido que estar ciego y sordo para no entender.

— ¡Ah! ¡por fin! — exclamó Bathilde. — ¡Pues bien! sí, le amo, Felipe... Le amo con amor profundo...

sin límites... con un amor que me une á usted por toda la vida, y que sólo se apagará con mi último suspiro.

Y su pasión hasta entonces contenida, saliendo de repente, la indujo á apoderarse de las manos del oficial, que estrechó efusivamente entre las suyas.

Este último no sabía lo que hacer ante semejante declaración.

Siempre agrada á un hombre el oír decir que es amado, sobre todo cuando la declaración sale de boca de una mujer hermosa; porque la señorita de Wendel era bellísima y el amor que irradiaba sus facciones añadía á su beldad un nuevo encanto.

Pero Felipe no podía responder á aquella inclinación.

También él tenía un amor en el corazón; amor no menos poderoso que el suyo, objeto del cual era Olimpia, la dulce y pura Olimpia, amor que no quería deshonrar con la menor mancilla.

Recordaba haber leído en los libros del buen cura de Saint-Valery de Caux, la historia de cierta mujer llamada Putifar. Aparte la edad de la joven, su actual situación le parecía tan crítica como la de José; no obstante, no creía deber imitar á su predecesor, cuya fuga tenía á sus ojos algo más ridículo que una resistencia.

Permanecía, pues, allí, en silencio; y no sabiendo cómo salir de tan difícil paso sin ofender á Bathilde, que, en la ignorancia de su amor á la señorita de Chaverny, parecía esperar de él una palabra, una seña de esperanza.

Pero él no pronunciaba esa palabra ni hacía esa seña; reflexionaba acerca de su crítica situación.

Tanto más crítica, cuanto que la joven no le había dicho aún el nombre de su familia, y él temía que, de rechazar muy bruscamente sus proposiciones, se negase ésta á decírselo.

Y hasta se figuraba que si ella había retrasado tanto la revelación, era para hacérsela pagar compartiendo su pasión.

Al notar tan indecisa actitud, Bathilde supuso que el joven dudaría acaso de la sinceridad de su amor nacido tan súbitamente, y, para convencerlo, prosiguió con exaltación creciente :

— Sí, Felipe, le amo como ninguna mujer puede ni podrá amarle. Y creo que mi amor debía de estar escrito.

El cariño que le tenía cuando usted era niño, y que me indujo á salvarle, no era sino para prepararme al que iba á tenerle cuando fuera usted hombre.

¡Ah! no me he equivocado. En el momento en que se me apareció en el Louvre, mi corazón lanzóse hacia usted de un salto... en seguida acudió á mí la antigua ternura; pero transformada en un sentimiento más vivo, más penetrante, y noté que era ya su esclava, antes de haberle dirigido la palabra.

¡Sí, su esclava, dispuesta á obedecerle en todo, y cuya única ambición es obtener de usted una mirada, una palabra que la permita creer que no es usted insensible á su amor !...

Y al decir esto, acercó su rostro al de Felipe, abrasándole las mejillas con su aliento inflamado y clavando los ojos en los suyos, para tratar de leer en ellos su sentencia.

Á pesar suyo, y no obstante defenderse cuanto pudo, el joven empezaba á sentir la influencia de aquel desbordamiento de pasión.

Bajo los embriagadores efluvios que emanaban de toda la persona de Bathilde é iban á envolverlo como en un flúido, sentía poco á poco aniquilársele la voluntad, velársele la imaginación y perder la noción exacta de las cosas.

Hay que recordar que tenía veintidós años, es decir que estaba en plena juventud, y que á esa edad, á menos de ser un santo, tiene el corazón arrebatos á que es imposible resistir, por mucho que luego pueda uno arrepentirse.

Ya no se le presentaba la imagen de Olimpia sino confusamente, y en vano trataba de evocarla para que le sirviera de égida ; acababa por borrarse poco á poco sin dejar en él huella alguna.

Sin embargo, luchaba con toda su energía contra aquella embriaguez que le dominaba, esforzándose por hacerse dueño de sus pensamientos.

Bathilde, ansiosa, redoblaba la agudeza de sus miradas, y de sus ojazos oscuros de dilatadas pupilas, brotaba una llama fascinadora.

— Una palabra... Felipe... — repetía — sólo una, que me indique que no rechaza usted mi amor...

¡Oh! no exijo, como le he dicho, que conteste inmediatamente... no... pero déme únicamente la esperanza de que algún día no le seré indiferente...

Además, ¿no ha jurado usted pagarme el servicio que le presté al salvarle la vida?

Pues bien, el cumplimiento de ese juramento es lo que reclamo...

Sea generoso, Felipe... concédame la limosna de una palabra de esperanza... y hará usted de mí la más feliz de todas las mujeres.

Trabajo hubiera costado reconocer en aquel momento á la imperiosa y altiva amante de Zeno, que, fusta en mano golpeaba á éste.

En vez de ese acento altanero que ordenaba é imponía al veneciano, su voz tenía ahora entonación de humilde súplica.

Y esto indicaba palpablemente la diferencia entre la pasión que sentía por el caballero Zeno y la que le inspiraba Felipe.

La primera, como ya hemos indicado, sólo halagó sus sentidos, mientras que la segunda le llegaba al corazón.

— En verdad, señora — decidióse á pronunciar el joven sin darse cabal cuenta de lo que decía, enloquecido como estaba por el ardiente hálito de Bathilde cuyos labios tocaban casi á los suyos; — dispénseme que no responda como usted desea... á la declaración que se ha dignado hacerme... pero la sorpresa, la emoción me turban...

Y sin embargo, no puedo sino estar orgulloso del sentimiento que le he inspirado... á usted que, joven, bella y favorecida por la fortuna, según puedo juzgar... podría dirigir sus miras hacia un hombre de categoría mucho más elevada que la mía...

Olvidaba que Bathilde le había asegurado que él nació de familia de alto copete.

— El amor no se encarga — replicó vehementemente la joven. — Si hubiera usted pertenecido á las últimas filas de la sociedad, mi corazón le pertenecería también, á pesar de todo...

Le amo, porque todo mi ser es atraído hacia usted por una fuerza irresistible...

¿Qué quiere que le diga?... Le amo, porque no puede ser otra cosa ..

Al hablar así, era sincera.

Amaba á Felipe por él mismo, y no porque supiese quién era.

En aquel momento, no había un solo átomo de interés en tan extraña muchacha.

— ¡Ah! — exclamó Felipe, subyugado al fin por aquella oleada de apasionadas palabras y rodeando el talle de Bathilde, á quien un estremecimiento de voluptuosidad sacudió de pies á cabeza. — ¡Ah! sería locura de mi parte permanecer insensible á tal amor... No... no quiero luchar más... y déjeme que le diga, á mi vez...

— ¡Que me amas! — exclamó gritando Bathilde, cuyo rostro se iluminó con expresión de intensa alegría. — ¡Oh! gracias, Felipe... no me atrevía á esperar tanto á la vez...

¡Cuán profunda alegría dilata mi corazón!...

Mira... tu amor me rescata... sí... porque tú no sabes... no puedes saber... no te lo he dicho todo...

Ahora debes saberlo... quiero purificarme por la confesión que voy á hacerte... Y luego... si ya no me crees digna de ti... me rechazas... me arrojas lejos de ti... como á un ser despreciable... entonces me iré...

para siempre... pero contenta... muy contenta por haber obtenido tu amor... aunque sólo sea un momento...

Expresábase á tropezones, con voz jadeante, como en una especie de desvarío.

— Óyeme — continuó diciendo, formando al joven un collar con sus desnudos brazos. — Me llamo Bathilde... Bathilde de Wendel... nombre que tú pronunciabas muy á menudo cuando eras pequeño; pero que has olvidado ya, como otras muchas cosas.

Huérfana en muy temprana edad y entregada á mí misma, tuve la desgracia de encontrar en mi camino á uno de esos monstruos vomitados por el infierno... que hacen el mal por hacerlo, y obligan á los demás á imitarlos...

Ese hombre, ese demonio, se apoderó de mi imaginación, pervirtiéndola y desarrollando en ella el germen de malos instintos... Luego, cuando me hube convertido en instrumento suyo... en su criatura... me empleó en la ejecución de sus tenebrosos proyectos...

Y te he mentido antes, al hablarte de elevados personajes que odiaban á tu familia...

Era él... él, que, para...

Pero, aguarda, ahora lo sabrás.

Entonces, me hizo entrar en casa de tus padres... en la de tu madre, quiero decir, porque tu padre había muerto poco antes de mi llegada... Yo debía desempeñar al lado de la condesa el papel...

— ¡La condesa! — interrumpió Felipe. — Mi madre es...

— ¡Ah! es verdad — exclamó Bathilde, — aun no te

he dicho quién eres... el nombre que tienes derecho á llevar... Sabe, pues, Felipe, que ese nombre es ilustre... Tu padre era el conde de...

No tuvo tiempo de acabar.

Cuando el joven aguzaba el oído para coger el nombre de su madre, oyóse gran tumulto en la antesala, tumulto que cortó la palabra á Bathilde, cuyo rostro se volvió muy pálido.

Era como el ruido de una lucha. Clarita, la criada, parecía defender la puerta de su ama contra varios hombres.

Mas no debía de bastarse la pobre mujer, porque la puerta se abrió bruscamente, apareciendo Peyrolles y Zeno, seguidos de Matías Knauss y de dos individuos, dos *bravi* recogidos por el caballero.

Uno de estos últimos sostenía en sus brazos á Clarita, medio caída, aplicándole una mano contra la boca para que no pudiera gritar.

La pobre sirvienta fué sorprendida antes que tuviera tiempo de advertir á su ama.

Todos los intrusos, incluso Peyrolles, venían armados de espadas y puñales.

Aquello fué un rayo.

— ¡Gran Dios! — exclamó desesperada Bathilde; — ¡y yo que no me acordaba!...

En efecto, el atentado proyectado por el miserable viejo había huído completamente de su memoria.

Felipe quedó tan asombrado por esa invasión casi fantástica, que, al principio, creyó ser juguete de un sueño, y no pensó en defenderse en seguida.

Además, estaba sin armas, pues había dejado la espada en un rincón, al sentarse al lado de Bathilde.

Poco duró su estupefacción.

La presencia de Knauss le indicaba muy claramente la clase de gentes con que tenía que habérselas.

Era un nuevo lazo, y, aunque desarmado, estaba tranquilo.

Sólo le atormentaba el lugar escogido por sus enemigos para sorprenderlo.

¿Sería su cómplice aquella mujer, aquella sirena que llevaba una hora prodigándole palabras de amor? ¿Habría representado con él una comedia infame?...

— ¡Sí! ¡esto es! — pensaba — todo cuanto hasta ahora me ha contado, todo era para dar tiempo á que llegasen estos bandidos.

¡Y yo que he sido lo suficientemente necio para dejarme coger! Esta lección me servirá de escarmiento.

Y luego, añadió, dirigiéndose á Bathilde en un tono que revelaba desprecio.

— Le doy mi enhorabuena, señora... Tiene usted talento de cómica consumada... y confieso que me ha dado usted la ilusión de la realidad; he estado á punto de creer en su amor...

Ante esas palabras, que le fustigaron como un latigazo, Bathilde contestó con desesperado acento:

— ¡Ah! ¡Felipe!... ¿puede usted suponer?...

Pero el joven, convencido de que ella continuaba fingiendo, se contentó con encogerse de hombros y, á falta de otra arma, echó mano de un candelabro de bronce, para recibir el ataque que preveía.

En Peyrolles reconoció al anciano que le había abordado dos años antes en el Puente del Cambio, y desde cuyo encuentro habían sobrevenido todas sus aventuras.

— Estaba seguro — pensaba; — Knauss trabajaba para él. ¿Pero cómo diablos vive aún este teutón? Yo creía haberlo matado allí, en la hostería de los *Tres Aguiluchos*. Debe de ser muy duro de pelar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO